

Rodolfo Senet (1872-1938)

EL RESCATE Y LA MEMORIA

Rodolfo Senet: otra mirada sobre la misoginia en el publicismo argentino

Norberto Aldo Conti

<https://doi.org/10.53680/vertex.v35i166.727>



En septiembre de 2000 Vertex, adelantándose a los tiempos que vendrían, publicó un Dossier sobre Género y Psiquiatría; en la sección *El rescate y la memoria* se reprodujo un texto de Paul Julius Moebius titulado *Sobre la debilidad mental fisiológica de la mujer*, publicado en Leipzig en 1901.

En la presentación del mismo Juan Carlos Stagnaro ponía en consonancia con la narrativa de Moebius el impacto que había tenido en occidente el nacimiento del movimiento feminista y su defensa del derecho al sufragio, logro alcanzado en los EE.UU. en el Estado de Wioming en 1889 y en varios otros Estados en la década siguiente. A partir de estos hechos el movimiento feminista tuvo una gran influencia en Europa desarrollándose en Francia, en Inglaterra y en Alemania. Respecto al texto de Moebius dice: “Moebius despliega toda la argumentación que una posición misógina y conservadora pudiera sintetizar para su época ... la apoya en una selección de datos provenientes de la anatomía y la fisiología, es decir, busca otorgarle una minuciosa base científica, inscribiéndose resueltamente en el positivismo dominante en la medicina y la psiquiatría del período.”

Once años después de la publicación de Moebius en Leipzig, Rodolfo Senet publica en Buenos Aires un libro de 182 páginas titulado *¿Es superior el hombre a la mujer?* Lo hace en Cabaut y Cia. Editores, Librería del Colegio, Alsina y Bolívar, en 1912 y en el Prefacio expresa su posición acerca de lo que va a desarrollar:

“Después de un paréntesis relativamente largo, vuelve a discutirse el viejo problema de la superioridad del hombre sobre la mujer; pero esta vez tal concepto ha ganado terreno ...

... Hoy, en numerosas publicaciones y aun en libros destinados especialmente al tópico, aparece la mujer como un ser inferior, cuando no como una imbécil ...

Creo que todos estos conceptos son erróneos, y en esta obra me propongo, no solo demostrarlo, sino plantear el problema en una forma diferente y llegar a su solución.

No es mi objeto hacer una defensa de la mujer. Colocado en el terreno científico, desde los puntos de vista biológico y antropológico, no caben ni ataques ni defensas ... y los epítetos nada adicionan a las conclusiones frías de la ciencia.”

Es entonces la misma ciencia positivista, hegemónica en la época de las publicaciones de los dos autores, la que les permite a ambos sostener posiciones muy diferentes respecto al lugar de la mujer en el cosmos.

Rodolfo Senet

Rodolfo Senet nació en el año 1872 en San Martín, provincia de Buenos Aires. En 1889, con diecisiete años, obtuvo su diploma de maestro normal en la Escuela Normal de Profesores de Buenos Aires e inició estudios universitarios en matemáticas mientras se desempeñaba como maestro. Siendo secretario y profesor de francés de la Escuela Mixta de Mercedes, en 1894 conoció a Víctor Mercante, uno de los principales referentes de la psicología pedagógica de la época. Luego se trasladó a la ciudad de Dolores, provincia de Buenos Aires y se desempeñó como vicedirector de la Escuela Normal donde emprendió sus primeros pasos sistemáticos en investigación psicológica. En 1902 fundó el diario El Nacional e integró el primer grupo de redactores de la *Revista Archivos de Criminología, Psiquiatría y Medicina Legal* dirigida por José Ingenieros. En el año 1905 se trasladó a la ciudad de La Plata para participar como profesor en la novel Sección Pedagógica de la Facultad de Ciencias Jurídicas dirigida por Víctor Mercante. Durante más de veinte años Senet se desempeñó en La Plata, realizando investigaciones psicológicas publicadas mayormente en la revista *Archivos de Pedagogía y Ciencias Afines*. Asimismo, libros como *Apuntes de pedagogía* (1905), *Patología del instinto de conservación* (1906), *Elementos de psicología infantil* (1911), *Elementos de psicología* (1924) y *Educación de los sentimientos estéticos, origen y evolución* (1923) se convirtieron en cabales ejemplos de la conjunción entre la pedagogía científica y la psicología naturalista en los comienzos de siglo XX. El autor, que fue miembro fundador de la Sociedad de Psicología de Buenos Aires en 1908 y del Comité Positivista Argentino, ocupó cargos de gestión como interventor de la Universidad de La Plata durante la transición de la Reforma Universitaria de 1918. A mediados de la década de 1920 abandonó la enseñanza y falleció, en Buenos Aires, en 1938.

Todo su pensamiento está atravesado por los postulados del positivismo evolucionista, concebía a la psicología como una rama de la biología y la aplicaba al campo de la pedagogía para mejorar los métodos de educación escolar.

Respecto a las diferencias entre el varón y la mujer, fue un tema abordado por Senet en diferentes artículos y publicaciones siendo el trabajo que nos ocupa su obra más representativa. Se trata, además, de un tópico bastante abordado en la cultura de la época, tanto aquí como en Europa y EE.UU., como muy bien lo sintetiza Ana Ovstrosky: *“La cuestión femenina en el terreno social estaba instalada por dos movimientos en paralelo, por una parte la necesidad del Estado de tomar la familia como célula de reproducción social con la mujer como centro de su faz doméstica; y por otro la urgencia de brindar respuestas a movimientos que cuestionaban la infantilización civil de la mujer como el sufragismo y la asociación de mujeres universitarias.”*(Ovstrosky, A., “Estudio histórico de concepciones psicológicas acerca de la diferencia entre sexos en la psicología preacadémica (1880-1930) y su relación con la educación primaria en Argentina”, Tesis de Doctorado en Psicología, Universidad Nacional de San Luis, 2010).

Rodolfo Senet intenta dar una respuesta satisfactoria a ambas necesidades. Desde una perspectiva evolucionista elabora un discurso “colaborativo y complementario” que, manteniendo necesarias diferencias, iguala la necesidad social de las especificidades del varón y la mujer, y así se aleja de las narraciones peyorativas que nada tienen que ver con la neutralidad valorativa que exige al análisis desapasionado en el plano científico.

Dejamos a nuestros lectores la evaluación de los resultados de la propuesta de Senet, instándolos también a una mirada desapasionada que los proteja de las distorsiones de los anacronismos.

Selección de fragmentos

¿Es superior el hombre a la mujer? (1912)

Rodolfo Senet

Algunas opiniones

(...)

Respecto de la mujer dice Schopenhauer:

“En las jóvenes solteras, la Naturaleza parece haber querido hacer lo que en estilo dramático se llama un efecto teatral. Durante algunos años las engalana con una belleza, una gracia y una perfección extraordinarias, a expensas de todo el resto de su vida, a fin de que, durante esos rápidos años de esplendor, puedan apoderarse fuertemente de la imaginación de un hombre y arrastrarle a cargar legalmente con ellas de cualquier modo. (...) Por eso la Naturaleza ha armado a la mujer, como a cualquier otra criatura, con las armas y los instrumentos necesarios para asegurar su existencia (...) después de dos o tres partos, la mujer pierde su belleza.”

“Cuanto más noble y acaba es una cosa, más lento y tardo desarrollo tiene. La razón y la inteligencia del hombre no llegan a su auge hasta la edad de veintiocho años; por el contrario, en la mujer la madurez de espíritu llega a la de diez y ocho.”

“Por eso tiene siempre un juicio de diez y ocho años, medido muy estrictamente, y por eso las mujeres son toda su vida verdaderos niños.”

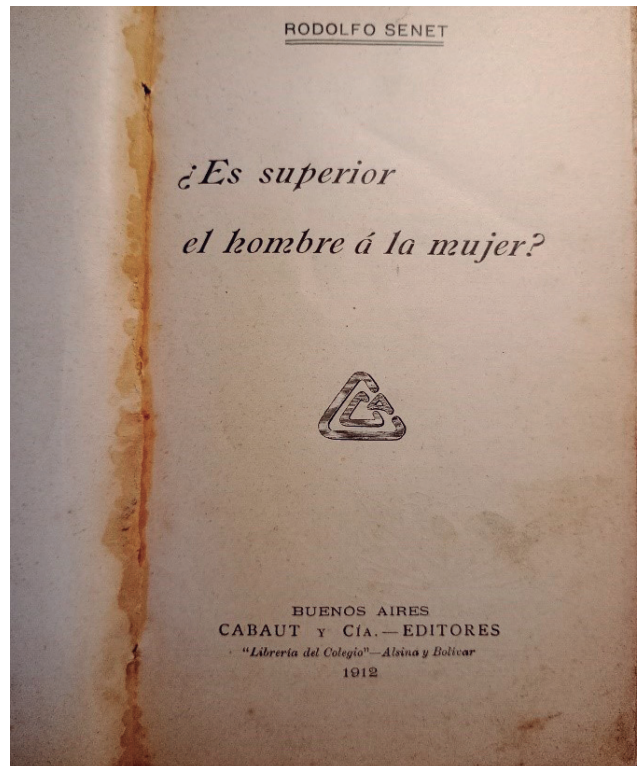
(...)

“Padece miopía intelectual que, por una especie de intuición, le permite ver de un modo penetrante las cosas próximas; pero su horizonte es muy pequeño y se le escapan las cosas lejanas. De ahí viene el que todo cuanto no es inmediato, o sea lo pasado y lo venidero, obre más débilmente sobre la mujer que sobre nosotros. De ahí también esa frecuente inclinación a la prodigalidad, que a veces confina con la demencia.”

“En el fondo de su corazón, las mujeres se imaginan que los hombres han venido al mundo para ganar dinero y las mujeres para gastarlo.”

Si se ven impedidas de hacerlo mientras vive su marido, se desquitan después de muerto éste. Y lo que contribuye a confirmarlas en esta convicción, es que el marido les da el dinero y las encarga de los gastos de la casa.”

“(...) La mujer, más absorta por el momento presente, goza más de él que nosotros. De ahí esa joviali-



¿Es superior el hombre a la mujer?, Buenos Aires, 1912.

dad que les es propia y las hace ser capaces de distraer y a veces consolar al hombre abrumado de preocupaciones y penas.”

“(...) al negarles fuerza la Naturaleza, les ha dado como patrimonio la astucia para proteger su debilidad y de ahí su falacia habitual y su invencible tendencia al embuste.”

(...)

“Preciso ha sido que el entendimiento del hombre se obscureciese por el amor, para llamar bello a ese sexo de corta estatura, estrechos hombros, anchas caderas y piernas cortas. Toda su belleza reside en el instinto del amor que nos empuja a ellas. En vez de llamarle bello, hubiera sido más justo llamarle inestético.”

(...)

Lord Byron dice:

“Las mujeres deberían ocuparse en los quehaceres de

su casa; se las debería alimentar y vestir bien pero no mezclarlas en la sociedad. También deberían estar instruidas en la religión, pero ignorar la poesía y la política; no leer más que libros devotos y de cocina.”

“La ventaja que la monogamia o las leyes resultantes de ella conceden a la mujer, proclamándola igual al hombre, produce la consecuencia de que los hombres sensatos y prudentes vacilan a menudo en dejarse arrastrar a un sacrificio tan grande, a un pacto tan desigual.”

“En los pueblos polígamos cada mujer encuentra alguien que cargue con ella; entre nosotros, por el contrario, es muy restringido el número de las mujeres casadas, y hay infinito número de mujeres que permanecen sin protección, solteras que vegetan tristemente en las clases altas de la sociedad, pobres criaturas sometidas a rudos y penosos trabajos en las filas inferiores.”

(...)

“Además, desde el punto de vista racional, no se ve por qué cuando una mujer sufre algún mal crónico, o no tiene hijos, o se ha hecho vieja, no había de tomar su marido otra más. Lo que dio prestigio a los mormones fue precisamente la supresión de esta monstruosa monogamia.”

El hombre y la mujer

Consideraciones preliminares

Desde el primer momento pueden establecerse del punto de vista del instinto de conservación específica, estos dos grandes elementos: ataque y defensa.

El primero está representado por el hombre, que encarna la tendencia hacia la perpetuación de los caracteres adquiridos, mejor dicho, de sus adquisiciones. El hombre es quien toma instintivamente la iniciativa, con el objeto de legar sus pocos o muchos esfuerzos. Esta inclinación es inherente a su sexo, que representa a la herencia en la forma progresiva.

El segundo está representado por la mujer, que encarna la tendencia hacia la perduración de los caracteres fijados. Ella es quien los perpetúa en la filogenia. Defiende la vida de la especie de los avances de las nuevas adaptaciones del varón, de carácter inestable. Biológicamente, lucha contra las modificaciones rápidas; es rémora en las evoluciones tendientes al progreso, pero también lo es, en las que marchan hacia el retroceso, la desviación anormal o la extinción. Representa la herencia en la forma conservadora.

(...) en cada sexo, encontramos dos categorías bien definidas de sujetos, y una intermediaria vaga, poco definida, a saber:

- a. Sujetos provistos de medios de conquista, donde las condiciones favorables superan a las desfavorables con marcada desproporción por su predominio acentuado, en los que la realización de la tendencia ofrece el *mínimum* de dificultades, y son optimistas en sus juicios respecto al sexo opuesto.
- b. Sujetos desprovistos de medios de conquista, donde las condiciones desfavorables superan con mucho a las favorables, en los que la realización de la tendencia ofrece el *máximum* de dificultades, y son pesimistas.
- c. Sujetos intermediarios entre unos y otros, en los que la realización de la tendencia ofrece dificultades menos acentuadas que los anteriores, y en sus juicios adoptan una actitud media.

En los medios de conquista, que no son más que los de selección sexual, debemos considerar aún tres factores o condiciones que pueden ser favorables o desfavorables: las físicas, las intelectuales y las morales.

En general, la salud y la hermosura son las que más cautivan al hombre, y la constitución física fuerte y las condiciones positivas psíquicas, a la mujer.

(...)

Desde el punto de vista biológico, las tendencias que indico en el hombre y en la mujer, encontrarían su explicación en que las condiciones puramente físicas siendo más primitivas, no llaman tanto la atención a la mujer que es la encargada de perpetuarlas por su parte, y sí, las psíquicas, que son las que tenderían a fijar como caracteres específicos o étnicos, y por ley de los contrastes, al hombre atrae las condiciones físicas positivas, más que las otras, por ser él el encargado, más que nadie, de las adquisiciones en el orden intelectual y moral.

(...)

También al hablar del hombre y de la mujer, así en términos generales, se cae siempre en el error de no tener en cuenta la raza de que se trate, pues toda la especie humana no marcha hacia mayor progreso, hacia su perpetuación.

Mientras algunas, como la caucásica, marcha hacia una mayor humanización, otras, como la australiana, tienden hacia la bestialización y con ello a la extinción (Ameghino).

(...)

El sujeto correspondido, como el que ha comido bien, se inclina por el optimismo; el despreciado, como el hambriento, opina mal. Son los resultados de la satisfacción o no satisfacción de dos modalidades de un mismo instinto, el de conservación. Si la satis-

facción del instinto de conservación individual hace optimista al sujeto, como la no satisfacción lo convierte en pesimista, lo mismo ocurre con el instinto de conservación específica.

De esa manera, el juicio en todos estos casos no es una asociación donde predomine el factor intelectual, sino que este está bajo la dependencia inmediata del factor emotivo e influye de tal manera, que ahoga la intelectualidad, con el agravante de dejar al sujeto autosugestionado, al punto de medir al sexo opuesto, no con la vara de su inteligencia, sino con la de su emotividad, y de hacerle creer que a los mismos resultados deben necesariamente arribar todos los sujetos de criterio sereno y reposado.

Papel biológico de los sexos

(...)

Aplicado este principio a la especie humana, resulta que la inferioridad de la mujer de la que tanto se ha hablado y se habla, si es que el vocablo puede admitirse, depende de la raza de que se trate.

(...)

Los estudios de las razas prueban de una manera amplia y satisfactoria este aserto. En aquellas donde el hombre tiende hacia la inferiorización, hacia la adquisición de caracteres bestiales, la mujer resulta superior, la mujer resulta más perfecta que el hombre, y nos encontramos así en presencia de una conclusión aparentemente paradójica, pues por conservar más los caracteres primitivos, por ser estacionaria, resulta superior.

(...)

Cada sexo tiene su función biológica, donde no caben los vocablos superior o inferior, desde el punto de vista de la vida de la especie.

Son el elemento innovador y el conservador, la impulsión y la inhibición. Decir cuál es superior sería siempre aventurado, porque si desde un punto de vista unilateral admitimos la existencia de lo superior en un momento dado de la evolución, esta superioridad puede luego trocarse en inferioridad. (...) para las razas superiores, es superior el hombre si se tiene en cuenta el progreso de la colectividad, puesto que es él quien adquiere los caracteres nuevos, y es superior la mujer teniendo en cuenta el afianzamiento de ese mismo progreso, puesto que ella es quien fija las nuevas adquisiciones que no podría fijar el hombre. De modo que, si por un concepto es superior el hombre e inferior la mujer, por otro, es superior la mujer e inferior el hombre.

(...)

Los términos superior e inferior, tratándose del papel funcional de cada sexo, en la vida de la especie y en

su evolución, deben desecharse en absoluto, por carecer de sentido amplio y adquirirlo solo relativo desde limitadísimos puntos de vista. Lejos de aclarar los conceptos sirven para introducir confusiones y errores.

(...)

Interrogar a un hombre de ciencia sobre cuál es superior, si el hombre o la mujer, debe necesariamente provocar de parte del interrogado una pregunta previa: qué es lo que entiende por superior e inferior el que interroga, y si consigue precisarlo verá que tiene que dirigirse a una relatividad encerrada en un estrecho marco.

(...)

Encarado así el asunto, se comprende pues, que no pueda ni aun deba siquiera interesarse juzgar y mucho menos precisar, cuál de estos papeles es el superior y a cuál de ellos puede rebajarse en importancia con respecto al otro. Lo que se desprende, al contrario, desde el primer momento, es que tanto el uno como el otro son imprescindibles y por tanto insustituibles, y que la superioridad o inferioridad del uno con respecto al otro sería de consecuencias fatales para la vida de la especie.

(...)

Juzgar, pues, a la mujer, por el conocimiento del hombre o al hombre por el de la mujer, puede ser solo parcialmente exacto. Decir que la mujer representa a un hombre incompleto, o el hombre a una mujer más completa o evolucionada, es en mi concepto un absurdo, dadas las diferentes misiones de cada sexo.

(...)

El concepto de la superioridad o inferioridad del hombre con respecto a la mujer desaparece y solo queda, pues, el análisis del papel que corresponde a cada sexo.

(...)

Conclusiones

El problema de la superioridad o inferioridad de un sexo con respecto a otro es un problema que ni puede científicamente plantearse, ni tiene razón de ser en la actualidad (...) Ni la misoginia, ni la filoginia, ni la misandria, ni la filandria pueden subsistir en nuestros días, dados los adelantos positivos de las ciencias. El criterio debe ser simplemente equitativo: a cada cual su misión, siendo tan importante la de uno como la del otro sexo.

La opinión tan generalizada hoy y cuyos más genuinos sostenedores son Havelock Ellis y Lombroso, de que la mujer puede conceptuarse como un hombre incompleto, es decir, como estacionado en la juventud, me parece completamente errónea.

(...)

La inferioridad tan proclamada de la mujer con

respecto al hombre, que parece abrirse camino en estos últimos tiempos, aparte del factor de que me he ocupado o sea la satisfacción o no satisfacción del instinto sexual en cada sujeto, que lo hace optimista o pesimista, se debe, en los hombres de ciencia, a encarar el asunto desde un punto de vista unilateral, las diferencias cuantitativas, perdiendo de vista la noción amplia y filosófica del papel biológico de cada sexo (...) la lucha por la existencia en los centros densos de población, se ve obligada a desplegar a la mujer, compitiendo frente a frente con el hombre. Este hecho, que bien podría dar justificado motivo para alabar la acción femenina, origina lo inverso, una especie de ginecofobia, o con más precisión, una tirria a la mujer.

Es que, en el fondo, allá para su fuero interno, nadie ignora que esta actitud de la mujer, si a ella la

dignifica y enaltece, deprime al hombre en su orgullo sexual, puesto que evidencia que ya no es más capaz de producir para los dos.

(...)

En la especie cada sexo tiene su misión especial. La mujer tiene la suya, no solo desde el punto de vista biológico, sino también social, y en esta misión es irremplazable.

(...)

El día en que la mujer sea inferior al hombre, es decir, que sea incapaz de desempeñar su misión a la altura que el hombre desempeña la suya, la especie marchará directamente a su ocaso.